

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península UNA PESETA al mes.—Extranjero, tres me-
ses 7'50 PESETAS.
Comunicados á precios convencionales.
Redacción y talleres: S. Lorenzo, 18.

JUEVES 29 DE NOVIEMBRE DE 1900

PRECIOS DE LOS ANUNCIOS

En cuarta plana. 00'05 pesetas línea
En segunda y tercera. 00'10 id. id.
En primera. 00'20 id. id.
Administración: Saavedra Fajardo, 15

Hay que ahondar

Si, después de conocer, como ya co-
nocemos el agente ocasional de la enferme-
dad que por varios días ha tenido y tiene
alarmada esta población, urge ahondar
en la depuración de responsabilidades.

Un momento: cesen un momento esas
pueriles rivalidades que nos hacen rí-
culos ante toda la nación y no movamos
la indignación agena contra nuestra des-
idia y abandono en lo más importante
del problema de la vida.

¡Una tregua! en esas bastardas luchas
é intestinas contiendas de pasiones y mó-
viles personales. ¡Una tregua! y hágase
algo por nuestra dignidad y buen nom-
bre.

Urge resolver el conflicto y depurar
responsabilidades.

Con nuestra desidia estamos cayendo
en la sanción moral de toda la prensa es-
pañola que fustiga con su censura nues-
tros abandonos criminales.

Oigamos sino como trata el conflicto
de la triquinosis en Murcia el periódico
de mayor circulación de España «El Im-
parcial», y después de su lectura, dígan-
nos si Murcia tiene derecho á pedir la
depuración de cuanto aquí ha ocurrido y
ocurra.

«El hecho de que durante ocho días á
lo menos la opinión pública no haya su-
bido á que atenerse respecto de la enfer-
medad que se ha padecido en Murcia, re-
vela un gran desorden en la sanidad pú-
blica, y ya que lo ocurrido en aquella
población no tenga remedio, debe servir
á lo menos para que en otras se atienda
como se debe este importantísimo asunto.

Es lo curioso que apenas observados
los primeros casos, se creyó que se tra-
taba de triquinosis, y que esta idea fué
abandonada después hasta que el micros-
copio ha venido á confirmarla. Se com-
prende que no se hubiera dado en atri-
buir á la triquina la enfermedad extra-
ña aparecida en Murcia, pues los sínto-
mas son muy variables, pero no tiene
explicación que habiéndose sospechado
esta causa en los primeros momentos no
se haya hecho inmediatamente todo lo
necesario para confirmarla con el exa-
men de la carne sospechosa y del conte-
nido intestinal de los enfermos.

Hay que advertir que el descubrimien-
to de la triquina no exige complicadas
preparaciones ni lentes de aumento ex-
traordinario. En las carnes á simple vi-
sta se perciben como puntos finísimos
blancos los quistes en cuyo interior exis-
te el parásito. Con un aumento de 40 di-
ámetros, aumento bien insignificante, el
quiste se percibe aproximadamente del
tamaño de una peseta y dentro de él se
advierde la triquina, gruesa como un
fuerte bramante.

La observación de 140 ó 200 casos, sin
que el ilustrado cuerpo médico de Mur-
cia pudiese formar de la enfermedad
concepto claro, revelaba que la clínica
era impotente para resolver el problema
y que este correspondía por completo
al Laboratorio. ¿Cómo ha tenido que es-
perar el Laboratorio á hacer la autopsia
de una víctima para esclarecer la cues-
tion?

Aunque lo incompleto de las noticias
relativas á lo ocurrido en Murcia hace
aventuradas ciertas suposiciones, puede
decirse que ha estado perseguido. Para que
se haya encontrado la triquina en el
cuerpo de la víctima es necesario que
hayan transcurrido muchos días desde
la ingestión de los parásitos. Así se ex-
plica que el número de invasiones haya
sido tan grande, pues el Laboratorio no
ha oído con la rapidez necesaria á
denunciar la causa del mal.

Ingeridos los parásitos, la hembra fe-
cundada produce numerosísimos gér-
menes, que se desarrollan primero en
el intestino y emigran después á los
músculos, depositándose principalmente
en el diafragma, los intercostales, el
cuello, la lengua, la garganta, los ojos,
etcétera; todas estas localizaciones dan
lugar á variada sintomatología, que com-

plica el problema clínico hasta hacerlo á
veces insoluble; pero una vez iniciada
la sospecha, el laboratorio tiene medios
de confirmarla rápidamente.

En todo rigor, el hecho mismo de ha-
berse presentado la triquinosis en Mur-
cia y alcanzado desarrollo tan grande,
revela que no se practica bien la inspec-
ción de las carnes en aquella ciudad.

Ni bien ni mal, hasta que ha venido
el conflicto, y la alarma producto nece-
sario de nuestra desidia.

Se impone pues, una verdadera cam-
paña contra los defraudadores y contra
los expendedores de mala fé.

Háganse inspecciones diarias en los
establecimientos de todo género de co-
mestibles y bebestibles; denúnciese al
Juzgado municipal á los defraudadores,
en peso ó en calidad; caiga sobre ellos to-
do el rigor de la ley, y sepa luego el pú-
blico los nombres de esos defraudadores
y el lugar donde se abren sus tiendas.

Esto último, que se hace en Madrid,
puede aquí conseguirse publicándose en
los periódicos la nota, autorizada con el
sello de la Alcaldía.

Ningún periódico se negará á publi-
carla. Y ningún tentado de alcalde se
negará á auxiliar en la empresa, mucho
más cuando se puede establecer la in-
compatibilidad moral de que no inspec-
cionen los distritos por que fueron elegi-
dos concejales.

Con el establecimiento de las mesas
reguladoras, con la campaña contra los
defraudadores, y con un poco de buena
voluntad para remediar tanto fraude, se
conseguirá evitar las amarguras de que
hoy son víctimas algunas familias.

DE MADRID Á MURCIA

Lo de Ceuta

Por más que el gobierno trata de
ocultarlo, las noticias que se reciben de
Ceuta, acusan un estado grave de nues-
tra influencia en el Africa.

Dícese que ya tiempo están recibien-
do armas los moros fronterizos á Ceuta y
que los barcos que hacen el contrabando
de dichas armas, son de nacionalidad
inglesa.

El origen del conflicto nada tiene que
ver con la cuestión subsistenciales, sino
que hace unos días el Comandante de
aquella plaza, ordenó se levantasen for-
tificaciones en la aldea de Bin-Younes,
que nos pertenece, y las kábilas fronte-
rizas se opusieron á ello, levantándose
en armas y no concurriendo al mercado
diario, como de costumbre.

Como siempre, el Gobierno ha orde-
nado el inmediato envío de tropas á Ce-
uta y ha dado las ordenes oportunas para
evitar cualquier conflicto con los *rifeños*.
¡Dios quiera no sea Ceuta el punto por
donde se nos vaya la media de nuestro
poderío en Africa!

Sigue la división

El espectáculo dado ayer en plenas
Cortes por un sobrino del jefe del parti-
do conservador, es de esos que hacen
época en el Parlamento.

En forma violenta y agresiva atacó
D. Eugenio Silvela al Sr. Dato, con mo-
tivo de la disolución del decreto sobre
las Diputaciones y Ayuntamientos, y
cuando esto sucedía con sorpresa del go-
bierno, el Sr. Silvela, (D. Francisco),
abandonaba los escaños del Congreso.

No faltaron ministeriales que aplau-
dieron la valentía del sobrino con el tío,
á quien también alcanzaron los alfileras,
pues le negó autoridad para decla-
rar cuestión de gabinete la aprobación
de un decreto que es un atentado á la
ley.

Una situación política que tales cosas
ocurren está condenada á muerte en
plazo breve.

Los trabajos de concentración
Niegase que se hagan trabajos de apro-
ximación entre Gamazo y Tetuán. Sin
embargo de esas negativas, que no son
más que un pretexto para cubrir la reti-
rada, se sabe que tales trabajos son un
hecho positivo é innegable.

Menudaje las conferencias y es fre-
cuente el cruce de cartas.

Es evidente que se trata de llegar á
una inteligencia y se llegará, dejando la
cuestión de jefatura para que surja de
las Cortes, y digo de las Cortes, porque
podía ser reemplazada esta situación con-
servadora por la agrupación que surja
de esta inteligencia, que por ciertos
elementos se dá ya por hecha.

No están muy lejos de formar parte de
ella caracterizados políticos de la Unión
Conservadora que van arrimando el
hombro.

Dícese que «El Español» de esta no-
che, publicará como cosa oficial dicha
inteligencia, por hoy solamente parla-
mentaria, mañana ya será otra cosa.

Estos son los informes fidedignos y
no se ha de tardar en que veamos quién
está en lo cierto.

28 Noviembre 1900.



ALFONSO EL SABIO

Si como legislador, teólogo, matemáti-
co, alquimista, poeta, historiador, astróno-
mo y músico no se ha visto el rey de Cas-
tilla D. Alfonso X el Sabio, superado por
ningun otro monarca del globo y es dig-
no de la inmortalidad, como gobernante
fué detestable, mereciendo solamente
omniseración y lástima, tantos fueron
sus yerros y desgracias, por lo que se ha
dicho que poseyó todas las ciencias co-
nocidas en su tiempo, menos una: la de
gobernar.

Preocupado unas veces con sus estu-
dios teológicos, matemáticos ó de astro-
logía, otras con el cultivo de las Letras,
de la Música ó de la Alquimia, D. Alfonso
puso, durante la mayor parte de su rei-
nado, escaso empeño en dar á sus súbditos
una administración justa y en ser un
soberano respetado y querido de su pue-
blo, siendo esto causa de graves trastor-
nos y muy especialmente de la guerra
civil surgida al ser proclamado, por no-
bles y plebeyos, rey de Castilla su hijo
Sancho, hecho que le impresionó de tal
modo, que contrajo la grave enfermedad
que en breve espacio de tiempo le condu-
jo al sepulcro.

A pesar de sus grandes desaciertos co-
mo gobernante, D. Alfonso el Sabio fué
un rey de grata memoria, pues además
de haber emprendido y realizado una
empresa tan colosal como la de dar uni-
dad á la complicada legislación que re-
gia en su época, para lo cual publicó el
«Fuero Real», el «Septenario», el «Espejo
de las leyes» y el inmortal y siempre ad-
mirado Código de las «Siete Partidas»,
monumento no solo de legislación, sino
también literario, filosófico, histórico y
de moral, fué el monarca á quien debe-
mos fuera declarado oficial el idioma
castellano, y el primer escritor que escri-
bió en esta lengua todas sus obras.

Como hombre de ciencia legó á la pos-
teridad sus famosas «Tablas astronómi-
cas», en cuya formación tomaron parte
eminentes astrólogos nacionales y ex-
tranjeros que trabajaron durante cuatro
años bajo su dirección; como historiador,
redactó una «Historia de España», para
la que estuvo reuniendo datos buen es-
pacio de tiempo, como poeta legó testi-
monios tan grandes de su inspiración y
delicadeza como sus tiernas «Querellas»
y sus «Cántigas», y dá idea de lo que fué
como alquimista su libro titulado «Teso-
ro».

A él, se debe también la primera tra-
ducción que se hizo al castellano de la
Biblia y las de las obras de literatura
sancionada «Pantcha-Tautra» y «Pantcha-
Patyana».

D. Alfonso nació en Toledo el 23 de
Noviembre de 1221 y falleció en 1234.
Comenzó á reinar en 1252 por muerte de
su padre, Fernando III, el Santo, y tres
años antes contrajo matrimonio con do-
ña Jolanda, hija de D. Jaime I, el Con-
quistador.

Hernando de Acevedo

ERNESTINA

I

La única mujer á quien he amado con
todo mi corazón, mi cerebro y mis sen-
tidos en una palabra, con todas las fuer-
zas conscientes é inconscientes de mi
ser, con uno de esos amores que le hacen
á uno capaz de un crimen ó de una locu-
ra; la única mujer á quien he amado así...
era fea. Ernestina era fea, no solo á los
ojos de los demás, sino á mis propios
ojos.

Mi amada era una mujer de muy baja
estatura, delgadilla y sumamente deli-
cada, y aunque había cumplido ya treinta
años cuando nos casamos, parecía una
niña de dieciséis. Aquella debilidad cons-
tituía su encanto y su seducción; pero no
había en ella nada de enfermizo y la po-
brezita gozaba de la más perfecta sa-
lud.

Ernestina á quien nadie había amado
antes que yo, se refugió en mi ternura
como un pajarillo perseguido por los
buitres.

Con frecuencia me decía:
—¿Por qué me amas? ¿Como puedes
profesarme tanto cariño?

Y yo le contestaba:
—No lo sé; te amo, y esto basta.

Confieso que ignoraba yo la causa de
mi afecto; pero ¿que importa la razón de
las cosas, de las flores, de la luz, de la
vida... y de la muerte.

Acercas de este último punto solíamos
hablar en dichas ocasiones.

—No me asusta el morir—me decía
Ernestina una tarde—puesto que tengo
la seguridad de que no has de olvidarme
nunca. ¿Que importa que desaparezca yo
del mundo, si estoy convencida de que
he de vivir siempre en tu recuerdo? Uni-
camente se muere el día en que no haya
nadie que sepa que hemos existido. Por
tanto, la inmortalidad es muy corta...
muy corta... y muy relativa.

Y después de un largo rato de silen-
cio, añadió:

—Habría querido ser una mujer ex-
traordinariamente hermosa para legarte
la imagen de una belleza suprema, que
hubiese sido para ti una fuente de inspi-
ración, un sueño digno de ser eternizado
en una obra de arte.

II

Durante el tercer año de nuestro ma-
trimonio hicimos un largo viaje por el
Norte de España, y á fines de Otoño em-
pezamos á bajar hacia el Sur.

Pero Ernestina cayó enferma y quedó-
se tan débil en pocos días, que tuvimos
que detenernos en un pueblecillo de la
costa. Comenzó á toser y no tardó en
presentarse la fiebre. En la única posada
de la población, donde nos habíamos re-
fugiado, ocupábamos un cuarto demasia-
do grande para que la estufa pudiese
despedir el suficiente calorífico y mi po-
bre mujercita no cesaba de tiritar de
frio.

A pesar de su enfermedad, Ernestina
estaba siempre de buen humor, sin que
se perturbara ni por un instante la lu-
cidez de su inteligencia. Cualquiera hu-
biera creído que trataba de almorzar
sensaciones; como si sus horas estuvie-
ran contadas.

Un día, al despertarse, me dijo la in-
feliz:

—Me siento mejor y tengo deseos de
que persigamos nuestro viaje. No quie-
ro permanecer aquí más tiempo.

—Nos iremos cuando te parezca—le
contesté.—Más, por ahora, sigue dur-
miendo, hija mía.

No sé por qué sentí oírse la muer-
te sobre la cama.

—Dame un espejo—me dijo Ernes-
tina.

Obedecí la orden, y apenas la enferma
vió su imagen, arrojó lejos de ella el
espejo, que se hizo trizas en el suelo.

—¡No, no! ¡Estoy demasiado fea! ¡No me
mires! ¡No me mires!

Y con sus desahucadas manos se ocul-
taba el rostro, para que yo no pudiese
contemplarle.

—¡Voy á morir—me dijo Ernestina
anegada en llanto.—Mi sueño no se ha

realizado y dentro de breves instantes
todo habrá concluido. Dame un beso, el
último, el último!

Y después de un instante de silencio,
añadió la moribunda:

—¡Habría querido ser la mujer más
bella del mundo para que no te hubiese
sido posible olvidarme, para que después
de mi muerte no hubieses podido encon-
trar una criatura más hermosa que yo
capaz de inspirarte un amor igual al que
siempre me has profesado!

Ernestina quiso seguir hablando; pero
la agonía paralizaba su lengua y no sur-
gían de sus labios más que sonidos inar-
ticulados. A los pocos instantes falleció
la infeliz en medio de las angustias de la
más atroz desesperación, con la cabeza
oculta entre sus manos.

III

Al ocuparme de vestir á mi amada, me
fué preciso separar de su rostro las ma-
nos con que había tenido el instinto de
ocultar su fealdad. Y... ¡oh sorpresa! Se
había operado un verdadero milagro,
pues Ernestina estaba completamente
transformada.

Una hermosura sobrehumana, infini-
ta, indescriptible, embellecía su facio-
nes. Lo que la vida le había negado,
otorgábaselo con largueza la generosa
muerte.

Entre las flores otoñales sobre las que
yacía la muerte, fué Ernestina hasta el
momento del sepelio la gloriosa herma-
na de todas las bellezas ante las cuales
han palpitado de admiración y de de-
seos los corazones de los hombres.

—¡Ah, Ernestina mía!—exclamé.—¡Al
fin se han realizado tus deseos! ¡El olvi-
do no borrará jamás tu recuerdo, y mien-
tras yo viva vivirás en mí!

Parécíame que en aquel instante se
dibujaba en la boca de la muerta una
sonrisa de triunfo, una sonrisa de alegría
y de inmortalidad.

Gabriel Mourey

Moratalla al día

Como el Sr. Poveda y el Sr. Pradera
(carlista este) ha causado aquí pésimo
efecto el Real decreto por el que se con-
ceden recompensas al ejército de Cata-
uña. Como si esas fuerzas hubieran he-
cho otra cosa que cumplir con su deber.

España paga un ejército para que este
la defienda de cualquier trampa apurado
en que se vea, de forma, que al hacerlo
así cumple la misión que le está enco-
mendada.

¿Para qué, pues, esas recompensas tan-
to más extemporáneas cuanto que no
existe motivo que las justifique? ¿Es que
puede considerarse como un caso de mé-
rito excepcional el que alguna fuerza de-
fienda una casa, haciéndose fuerte en
ella, contra cuatro sediciosos fallos de
táctica y de armamento conveniente?

Como en toda España, aquí se cree que
la cosa no tiene nada de particular para
que merezca tales recompensas.

Pero ¿qué ha de hacer un gobierno en
el que predomina el elemento militar:
pues con razón ó sin ella, proteger á los
suyos.

Piensa bien *El Solitario*, cuando dice
sentenciosamente que «este es el país de
las recompensas» lo cual está muy bien
dicho «aquí y en Madrid».

Mas, no solamente esto es lo que tiene
interés para los moratalleros que gus-
tan del comentario, también el casamien-
to de la Princesa los ha sacado de madre
y hablan de ello hasta por los codos. Al-
gunos hay en estado de merecer que
órden posible se designe á alguno de
ellos para el caso, puesto que á imita-
ción de la célebre doctrina de Monroe—
de tan triste recordación para nosotros,
—lo de España debe de ser para los es-
pañoles.

Y no solamente todo esto es lo que dá
motivo para hablar, pues también hay
asuntos locales que por su índole, lo me-
rezcan. El tapar el agujero de la presa,
ha sido uno que ha tenido infinidad de
comentarios.

La causa ha sido que se anunció tapan-
lo en un día determinado y, por más
que se intentó hacerlo, no se pudo ni en
aquel día ni en otros varios, por cuya
causa hubo muchas rechiflas capaces de
quemar al ave Fénix.

Pero como «querer es poder», tras de
algunos días de improbos trabajos, se
consiguio tapar, y, segun me dicen, hoy
está la presa completamente terminada,
de lo cual, escusado es decir que nos ale-
gramos.

